

VICTORIA CAMPS CERVERA

Filósofa

Consejera Permanente del Consejo de Estado

Catedrática emérita de Universidad de Barcelona

Repensar la nación y el modelo de bienestar

Metidos aún en los estragos producidos por la pandemia, es difícil repensar nada que nos concierna como individuos y como sociedad sin hacerlo desde el punto de vista de lo que está ocurriendo. Sin duda, durante los últimos meses han tomado relieve unos objetivos que no se hubieran visto tan perentorios en una época más tranquila y menos incierta que la actual. No sólo los temas, también el enfoque de los mismos es inseparable de esta realidad insólita e insospechada en la que nos encontramos.

Repensar España es una idea que viene de la mano de una voluntad de reflote y protagonismo de la sociedad civil, entendiendo por tal a todos aquellos que no viven propiamente ni de la política ni para la política. Esta circunstancia contrapone, de entrada, dos realidades y lo hace con el expreso deseo de señalar la diferencia entre ambas. Frente a un ejercicio de la actividad política claramente mejorable, plagado de defectos y que incita a la desafección, la sociedad civil se ve a sí misma como la posible redentora de lo que ha venido deteriorándose sin remedio durante años. Quiero adelantar que esa especie de superioridad de la sociedad civil con respecto a los políticos y sus políticas no debería ser el trasfondo de la empresa consistente en repensar España. Siempre es más fácil criticar que innovar o construir. Aunque la crítica tiene que ser el punto de partida de nuevas propuestas, éstas deberían tener más relieve que aquélla. Diría que hay que partir de la premisa de que, en una democracia liberal, los problemas que habría que resolver son incumbencia de todos, también de una sociedad civil que cuenta con la ventaja de estar al margen de la presión partidista y de la responsabilidad de gobierno. Quizá por esas mismas causas que la hacen más libre, a la sociedad civil le cuesta organizarse y, en el ambiente de polarización en que estamos, tiende más a la pasividad que a mostrarse activa. Cómo debe ser esa actividad –distinta del

“activismo”- es un ingrediente importante de la tarea de pensar en una España que debería saber liberarse de algunos de sus lastres más persistentes.

Me referiré a dos cuestiones que, a mi juicio, son las que de un modo más explícito ponen de manifiesto la necesidad de repensarse en nuestro contexto concreto: a) los retos y desafíos que tenemos como nación; b) la necesidad de establecer unas bases sólidas de protección social rehaciendo y ampliando las funciones del estado de bienestar.

a) Repensar la nación

Dedicaré poco espacio a este tema, cansino como ningún otro, pero que sigue ahí y volverá a enturbiar la política catalana y española, como lo ha hecho en los últimos años, y ha dividido como nunca había ocurrido a la sociedad catalana. El problema no se ha extinguido por haber dejado de mencionarlo cada día gracias a la irrupción del coronavirus. Reaparecerá en cuanto la pandemia permita prestarle la atención que sus impulsores siguen requiriendo.

Hay reformas necesarias, no todas necesariamente constitucionales, que deberían ir destinadas a hacer del estado de las autonomías un estado auténticamente federal. La gestión de la pandemia ha puesto de manifiesto que ni siquiera algo tan grave y desastroso como esta crisis ha conseguido establecer un espíritu de unión y colaboración entre los distintos territorios de España. La falta de lo que yo llamaría una cultura federal, que logre transmitir la idea de que una federación de territorios significa unión además de reconocimiento de diferencias, es el obstáculo fundamental para responder de una forma positiva y eficaz al reto de repensar el estado de las autonomías para reformarlo y hacer que alumbre una auténtica federación. Cómo se consigue ese espíritu de cooperación y de unión de lo diferente es lo que hay que trabajar desde la política y desde la sociedad civil. Pienso que una reforma del modelo de financiación en profundidad, desde la perspectiva de la equidad territorial, sería un buen comienzo si realmente pudiera contar con la buena voluntad de las partes para llegar a resultados positivos y aceptables para la gran mayoría.

No atender a la necesidad de reformar el estado de las autonomías, desde el liderazgo político, pero también desde una disposición favorable de los agentes o

dirigentes sociales, es seguir enquistando un problema que no por querer ignorarlo dejará de estar presente y absorber demasiadas energías sin rédito ninguno.

b) Repensar el bienestar

La crisis de la Covid-19 ha convencido, de momento, de las ventajas de tener un sistema sanitario público sólido y bien dotado, con capacidad para proteger a todos cuando hace falta. La crisis económica que está ya entre nosotros afianza esta idea ampliando la importancia de lo público a la protección de todos los derechos sociales: educación, empleo, vivienda, pensiones, seguridad social. La peor consecuencia de la crisis económico-financiera reciente, no sólo en España, sino en Europa y en todo el mundo, ha sido el crecimiento cada vez mayor de la distancia entre un grupo formado por los más ricos, que siguen enriqueciéndose aún en las crisis, y una amplia clase media y baja que avanza sin remedio hacia un empobrecimiento progresivo. Un desafío imprescindible es avanzar en medidas fiscales efectivas para las rentas más altas, en las que España suele ir a la cola, así como en medidas de protección social universalistas que signifiquen de verdad pasos importantes hacia una mayor equidad y no sean puras expresiones caritativas. De estas últimas ya se encargan las organizaciones sociales que, en los últimos tiempos, han cubierto necesidades básicas desatendidas por la administración.

La crisis del estado de bienestar no está en una sostenibilidad que se presume imposible, como intentan hacer creer las doctrinas neoliberales, sino en no haber sabido abordar una serie de retos que han ido surgiendo en los últimos tiempos. Me fijaré en tres de ellos que son urgentes. El primero es el envejecimiento de la población, que debería llevar a reconsiderar diversos aspectos, desde la edad de jubilación y el alcance de las pensiones, hasta lo que se ha mostrado más desatendido en la pandemia: los modos de vida a que se ven abocados los mayores y la protección social y sanitaria que necesitan y merecen. Es un hecho que la sociedad será cada vez más vieja, con un núcleo de personas que, a pesar de sus años, siguen siendo capaces de llevar vidas más activas que las que se esperan de ellas, pero también con un sector poblacional más o menos dependiente, que requiere una serie de atenciones y asistencia que es vergonzoso descuidar. Existe una conciencia creciente de la demanda de cuidados, algo que ha empezado a ser problemático en cuanto la dispensadora de cuidados ha dejado de ser exclusivamente la familia y, dentro de la familia, las mujeres. Lo que no existe es la

voluntad ni política ni social de plantearse en serio cómo responder adecuadamente a esa demanda.

Muy relacionada con esta cuestión está la llamada conciliación de la vida laboral y familiar. La irrupción femenina en el ámbito laboral ha tenido como consecuencia el inevitable descuido de tareas de cuidado que ahora hay que distribuir y repartir equitativamente. El confinamiento vivido por la pandemia ha puesto de relieve que, si bien es posible trabajar desde casa, la contrapartida de dicha posibilidad tiene que ser la incorporación de medidas de conciliación tanto en las políticas públicas como en las obligaciones intrínsecas a la llamada "responsabilidad social de las empresas". España está lejos de gozar de ventajas ya adquiridas en los países nórdicos o incluso centroeuropeos para hacer más llevadera la conciliación laboral y familiar, el cuidado de los pequeños y de los mayores. El descenso imparable de la natalidad en España algo tiene que ver con la lentitud e incapacidad con que se afronta una cuestión como esta.

Un tercer reto inaplazable es la redistribución del trabajo. El acceso de las mujeres al mercado laboral y los cambios que se producen a diario en las formas de trabajo por el desarrollo de las nuevas tecnologías han hecho de la precariedad laboral un vicio estructural que nadie sabe como atajar. De la precariedad del trabajo penden otras muchas precariedades –vivienda, familia, formación- que afectan no sólo a la garantía de derechos fundamentales, sino a la manera de entenderse a sí mismas las nuevas generaciones. Instaladas en una precariedad ya tan habitual que tienden a "naturalizar", ven en la emigración a países con más oportunidades o en la resistencia en puestos de trabajo con sueldos indecentes los únicos agarraderos a su alcance. No son las mejores condiciones para que alcancen la madurez que corresponde a su edad y les mueva a afrontar el futuro con un proyecto posible e ilusionante.

Lo que un foro protagonizado por miembros de la sociedad civil debe plantearse ante problemas como los mencionados no es sólo qué debe hacer el Estado y no está haciendo para hacerse cargo de necesidades básicas y de derechos

incuestionables, sino en qué medida la sociedad civil deja también de asumir su responsabilidad mostrándose indiferente y pasiva ante cuestiones que la afectan en muchos sentidos. Obviamente, una reforma en profundidad siempre demanda cambios estructurales que están en manos del Estado. Pero si los cambios no se materializan no será solo porque los políticos son incapaces de ponerse de acuerdo, o porque no hay líderes ni voluntad política de cambiar de verdad nada. Los objetivos más prioritarios forman parte de ese llamado "bien común" que debe implicar a toda la sociedad, política y civil. Repensar España, a los efectos de estas reflexiones, es plantearse en qué medida y de qué modo la sociedad civil debe hacerse cargo de las reformas necesarias. Ninguno de los temas a los que acabo de referirme encontrará propuestas satisfactorias al margen de lo que el conjunto de la sociedad quiera hacer. Es nuestro deber promover un debate crítico y constructivo y abordar los problemas derivados del envejecimiento, la situación del mercado laboral, las brechas de género y digitales. Es también un deber cívico procurar paliar las desavenencias territoriales no fomentando los extremismos sino las proposiciones moderadas.

Para acabar, la tarea de repensar el futuro puede entenderse como una nueva reflexión desde el presente sobre los tres principios que han configurado la democracia liberal y vertebran la comunidad: libertad, igualdad y fraternidad. De la concepción que tengamos de cada uno de ellos dependerá conseguir la conjunción necesaria entre lo privado y lo público sin la cual la idea de un bien común es pura quimera vacía de contenido. El desarrollo de la individualidad no puede ser un cometido a perseguir sólo desde la libertad de cada uno, ni la libertad en todas sus variantes –de expresión, comercio, mercado, religión, forma de vida- debe ser entendida como un principio aislado de la obligación común de conseguir sociedades más equitativas e igualitarias. En la fraternidad está el vínculo entre una libertad sin visión de lo común y los deberes derivados de la justicia social. Precisamente la gestión civil y política de la pandemia nos proporciona un buen ejemplo de que la contención de los contagios, aún en circunstancias de prevención y protección nada óptimas, ha sido posible gracias a haber entendido que la libertad individual debía ponerse al servicio de la protección de la salud, un bien colectivo que requería la cooperación de todos. Es este ánimo el que debería inspirar actitudes proactivas frente a la crisis económica que nos afectará durante bastante tiempo.

Junto a la capacidad coactiva del derecho y al liderazgo político (cuando lo hubiere), la ciudadanía en general ha de sumarse a colaborar en el mantenimiento de la cohesión social. Poner el acento en lo que realmente importa requiere reflexión, deliberación y exigencia a quien tiene poder para realizar algún cambio. Las instituciones y las políticas son imprescindibles pero ineficaces e impotentes si están ausentes las virtudes cívicas que apoyan con su acción las causas más justas.